

Por último, en el “mapa de zonas sísmicas generalizadas de la Península Ibérica”, de Munuera (13) realizado, junto con el del Cáucaso, como experiencia piloto bajo los auspicios del Grupo de Trabajo sobre zonas sísmicas, de la Comisión Sismológica Europea (Estrasburgo, febrero 1968), se distingue perfectamente la isosista de intensidad V (la mínima en el mapa) por la comarca de Villarrobledo, la isosista de grado VI desde el Júcar a Bienservida, la isosista VII desde Alpera a Peñas de San Pedro y Letur, claramente perfilada por la línea de contacto entre la región emergida (*uplift*) al Sur y la región de hundimiento (*subsident*) al Norte. Y, finalmente, hacia los límites fronterizos (Caudete, Minas) se inicia la peligrosa curva de intensidad VIII. En resumen, la provincia pasa de la baja intensidad V a la alta de VIII (la máxima española es IX: dos focos, en Murcia y Granada) con lo que resulta una provincia de transición entre la España inactiva y la España agitada (dicho sea en términos estrictamente sísmológicos). (Vid. mapa 1).

El terremoto “de Lisboa”

El día 1 de noviembre de 1755, un formidable terremoto destruyó la ciudad de Lisboa, capital de Portugal. Transcurridos 225 años de aquella catástrofe, todavía hoy se recuerda, bien por referencias históricas de prensa al comentar algún reciente movimiento sísmico de consecuencias fatales, bien por estudios científicos sobre el tema, cuya investigación está siempre abierta, nunca agotada (c).

Aquella jornada era sábado y festividad de Todos los Santos. Hacia las diez de la mañana, hora local, las gentes estaban en las iglesias. Sintióse una sacudida horrorosa que hizo temblar y crujir los templos y las casas. Y unos segundos, o minutos, después, otra sacudida más poderosa todavía abatió las iglesias, sepultando en ellas a miles de lisboetas. Dícese que las velas de los altares y las candelas de los oratorios privados fueron las causantes del incendio subsiguiente que arrasó la ciudad.

No terminaron ahí las desgracias. Como si se tratara de una visión apocalíptica (d), el mar avanzó en insólita invasión sobre las costas, y no sólo Lisboa y otras localidades marítimas portuguesas, sino las españo-

(c) Del siglo XVIII tenemos fichadas más de cien obras, desde libros a hojas impresas. En el siglo XIX aparecen los primeros catalogadores sísmicos científicos, con indagaciones sobre este sismo (26). En el siglo XX son fundamentales las obras de Pereira de Sousa (17), Reid (20) y últimamente Machado (9) y Martínez Solares *et al.* (10).

(d) Cf. Ap. 6, 12; 8, 5; 11, 13 y 19; 16, 18-20.